

HOMENAJE DE ESPAÑA A PÍO XII

LA VIDA EJEMPLAR del VICARIO de CRISTO

En la paz de su residencia, el Pastor Angélico, nuestro amado Papa Pío XII, jefe espiritual de 400 millones de católicos, simboliza en su augusta persona el amor universal de la Santa Iglesia Católica, Apostólica Romana.



La luminosa longevidad de Pío XII despierta en Roma el recuerdo de otro gran Papa, León XIII, el Pontífice que en el último siglo de la historia de la Iglesia ha alcanzado la más alta ancianidad. Vivió noventa y tres años y había nacido, como Pío XII, un 2 de marzo—año 1810—. Los biógrafos del Papa Pecci escriben que León XIII conservó su espíritu impulsivo y juvenil hasta su más avanzada edad. De hecho, ¿no es cierto que entre sus ochenta y noventa años escribió este gran Papa algunas de sus famosas e inmortales encíclicas? La Iglesia tiene en el cuadro de sus hombres que la gobiernan una distinguida y venerable representación de prelados muy ancianos, que, lejos de sentirse encorvados por el peso de los años, trabajan infatigablemente al servicio de la cristiandad. Por citar, sin salir de la Curia romana, un caso que a todos en la Ciudad Eterna llama la atención, me referiré a monseñor Carinci, arzobispo titular de Seleucia de Isauria y secretario de la Sagrada Congregación de Ritos. Tiene noventa y cuatro años, y cada día, a primera hora de la mañana, está ya en su despacho de la Congregación atendiendo a los múltiples asuntos que requieren su inmediata atención. Este hombre tan anciano conserva una agilidad y sorprendente y una buena lucidez de cabeza. Estos días es uno

de los prelados más solicitados por los periodistas romanos, porque es la persona que puede contar más cosas de la juventud de Pío XII. Monseñor Carinci ha sido nada menos que superior del actual Papa. Cuando el joven Pacelli era seminarista del Colegio Capranica, don Alfonso Carinci era uno de los sacerdotes que estaban al frente de este famoso Colegio sacerdotal de Roma. Entre mis notas sobre famosos obispos que hicieron en su ancianidad obras de las que ya habla la historia tengo apuntados estos datos: "El cardenal Newman escribió a los ochenta y dos años uno de sus más sutiles artículos sobre la interpretación de la Sagrada Escritura. Un obispo de Ullathorne llegó a los ochenta y tres años, y se dice de él que tenía el carisma de comunicar la longevidad imponiendo las manos, porque casi todos los sacerdotes ordenados por él han pasado ya los ochenta años. El cardenal Manning tuvo su famosa intervención en aquella célebre huelga de los "dockers" a los ochenta y dos años." Y no quiero dejar de recordar aquí, porque es un dato hermoso en la historia de la Iglesia, que Pío IX vivió ochenta y seis años, y Pío XI ochenta y dos. Y si consultamos la cronología de los Sumos Pontífices encontraremos que el Papa que alcanzó una edad más avanzada fue el siciliano San Agatón, que, elegido Sumo Pontífice el año 678, murió en el 681, después de haber vivido ciento cuatro años.

AQUÍ NACIO EUGENIO PACELLI GRAZIOSI

Los peregrinos que llegan a la Ciudad Eterna encuentran siempre sus itinerarios ya hechos. Un itinerario de siglos, que han pisado millones de cristianos de todas las razas. Hay que visitar primero el sepulcro de San Pedro; luego, la basílica de San Pablo, las catacumbas, la cárcel Mamertina, la cripta de Santa Cecilia... y ahora ya alguna Iglesia moderna, por ejemplo, San Eugenio, San León Magno o la última, todavía sin terminar, dedicada a Jesús Obrero, en el barrio de Pietro Obrero. Esto lo saben y lo esperan ya todos los católicos que estos días van a venir a Roma para felicitar a Pío XII. Lo que no esperaban tal vez encontrar en su programa de su propia estancia en la Ciudad Eterna es la visita a la piazza dell' Orologio. Quizá ni siquiera han oído nunca este nombre. No suelen visitar este rincón los peregrinos ni los turistas que vienen a la urbe. Pero esta vez merece la pena hacerlo. Será una emoción más el poder leer con los propios ojos una lápida donde está esculpida esta inscripción:

"En esta casa nació—el 2 de marzo de 1876—Eugenio Pacelli, elegido Papa—Pío XII—el 2 de marzo de 1939." El trozo de mármol donde se leen estas palabras está clavado en el palacio Pediconi, una antigua casa perdida en un viejo barrio de la Roma central. En el tercer piso de este palacio vivía hace ochenta años el noble caballero, abogado consistorial, Filippo Pacelli, o en su esposa y sus dos primeros hijos, Francisco y Josefina. En aquella casa, por lo demás sencilla, aunque tenga el nombre de palacio, nació Eugenio Pacelli Graziosi.

En las salas grandes del palacio Pediconi, en lo que entonces se llamaba via di Monte Giordano, en todos aquellos ambientes, tan ligados a los recuerdos de la Roma medieval, allí, precisamente en el corazón mismo de la Roma papal, vivió sus primeros años el niño que ochenta años más tarde, habitando en un augusto palacio situado a pocos metros de su casa natal, había de ser el hombre que hoy está en el vértice del mundo. En el perfil humano de Pío XII quedará como una nota destacadísima su calidad de "romano", nativo de la urbe, o "romano di Roma", como dicen aquí.

Con el Papa Pacelli ha vuelto a ocupar la cátedra de San Pedro un Pontífice nacido en Roma. Hacía más de doscientos años que la Ciudad Eterna no tenía un obispo "romano". El último fue Benedicto XIII, Pedro Francisco Orsini, que ocupó el solio pontificio desde 1724 a 1730. Anteriormente hubo un buen número de Papas romanos. Los exploradores de la historia pontificia señalan nada menos que 107 romanos entre los 214 Papas que ha habido italianos. Ninguna característica podía servir mejor de peana para la nota subidísima de universalidad que ha distinguido la vida, las actuaciones y las sublimes enseñanzas de Pío XII que su cualidad de nativo de Roma, la ciudad abierta y universal por excelencia.

LAS CINCO MIL MEJORES FOTOGRAFÍAS DEL PAPA

Para retratar el perfil humano de Pío XII haría falta la pluma del mejor literato. Yo lo más que sabría hacer sería recoger alguna anécdota que dejara trasparentar algo de lo que todos sabemos ya del Pastor Angélico. El Papa Pacelli, en la historia de los sucesores de San Pedro, es, indudablemente, el Pontífice que ha suscitado en vida la simpatía más universal entre las gentes y los pueblos. Esto se puede afirmar hasta con datos estadísticos.

Es sabido que entre las tareas pastorales que incumben al Padre Santo, como párroco que es de todo el mundo, Pío XII se ha dedicado, con especial preferencia, al apostolado personal del contacto directo con los hombres de todas las edades, de todas las categorías sociales, de todas las razas y de todos los continentes. Una estadística publicada recientemente en Norteamérica dice que el actual Papa ha recibido durante los diecisiete años de su pontificado un promedio de 2.000 personas al día.

La más primorosa historia de Pío XII que destacara sus rasgos más humanos—esos aspectos de la vida que tanto conmueven a los hombres de hoy—se podía hacer a través de la labor apostólica que el Padre Santo ha realizado en las horas, nunca contadas, de sus audiencias generales, especiales y privadas. De las audiencias son también las más encantadoras estampas que el fotógrafo pontificio podría seleccionar para hacer un álbum gigantesco de las 5.000 mejores fotografías sacadas a Pío XII. Eugenio Pacelli es, seguramente, el hombre a quien más fotos se han tirado en nuestro tiempo. No sé quién podrá calcular el bien inmenso que Pío XII ha hecho a los hombres del siglo XX, dejándose retratar pacientemente tantas veces. Su fotografía personal es uno de los más formidables instrumentos apostólicos que, con una clara visión psicológica del mundo moderno, ha usado Pío XII. Recuerdo ahora cuando en el pasado mes de julio el Pandit Nehru visitó al Sumo Pontífice. Por primera vez en la historia fotográfica y operadora cinematográfica indios eran autorizados a actuar en las habitaciones papales. Habían venido en el séquito del primer ministro indio, y tan pronto como llegaron a Roma se les dio ya por seguro que en el Vaticano no

podrían actuar. En la mañana en que Nehru iba a visitar al Padre Santo sus máquinas descansarían. Los indios se resignaron fácilmente. Pero le bastó a Pío XII tener la más mínima noticia de que en el séquito del jefe del Gobierno habían venido fotógrafos y operadores de cine para dar inmediatamente su autorización, con el fin de que los técnicos indios actuasen, sin correa de ninguna clase, hasta en la misma antecámara pontificia. Dos meses después, en las salas de cine de Nueva Delhi, de Bombay y de todas las ciudades indias rodaban los documentales donde aparecía el Papa Blanco junto al primer ministro de la nación.

No hay semanario ilustrado de categoría, ni en Europa ni en América, donde el más moderno huecograbado no haya impreso decenas de veces estupendas fo-

tografías de Pío XII, que han llegado así a las manos aun de los hombres más indiferentes, que con frecuencia se han sentido conmovidos ante las posturas hieráticas del Pastor Angélico. Yo diría que los objetivos de las más perfectas máquinas fotográficas han sabido captar, no sé de qué manera, gestos del Papa, que son como emblemas heráldicos de su sublime caridad, de su atrayente santidad y de su ingenua simpatía. He aquí tres rasgos que aparecen en primer plano del perfil, inclusiva humano, de Pío XII. Paradjicamente, podríamos afirmar que entre los millares de fotos que tenemos del Papa Pacelli hay clisés de plata que han logrado retratar esa paternidad universal y generosa hasta lo más sublime, que Dios encendió en el pecho del cardenal Pacelli en el mismo momento en que le hizo su Vicario en la tierra.

EL HEROISMO DE PÍO XII

Quien desee dibujar el perfil de Pío XII debe hacer resaltar hasta el máximo el heroísmo del Papa en el servicio a su altísima misión. Pío XII es un hombre que trabaja por la Iglesia, dando hasta la última gota de su aliento, sin soñar jamás en el descanso. Hace unos días le oí hablar a un venerable cardenal de Roma del inmenso trabajo diario que pesaba sobre sus hombros. Y a su justificada observación el distinguido purpurado añadió estas palabras: "Pero ante el heroico ejemplo de incansable actividad que nos está dando Pío XII, a sus ochenta años, ¿quién con menos edad que él podrá quejarse hoy en la Iglesia de soportar mucho trabajo?"

Ni siquiera en las horas del máximo agotamiento físico ha dejado Pío XII de atender a los asuntos más vitales de su Iglesia. Horas de heroísmo en que, aun luchando con la muerte, el Padre Santo recibía a sus íntimos colaboradores para despachar con ellos. Uno de estos prelados, colaborador del Papa, nos cuenta, en un prólogo que ha escrito recientemente para un libro, que en uno de los momentos más graves de su última enfermedad, el Padre Santo, con gran serenidad y resignación, preguntó a los que le rodeaban: "Decídmeme si tengo todavía un día de vida." Y con una calma y una paz edificantes recibió luego la respuesta del médico: "Puedo garantizar a Su Santidad veinticuatro horas de vida. No más." Y en serena unión con Dios, Pío XII continuó atendiendo a los delicados asuntos del gobierno de la Iglesia que en aquel momento le habían presentado.

Desde que el Señor le devolvió totalmente la salud, el Papa parece que ha puesto una nueva nota en su mismo perfil humano. Es un mayor grado de bondad, de amor y, si cabe, de paternidad en el trato con sus hijos. Algo que ha tenido una patente manifestación, no hace mucho, cuando, hablando a los párrocos de Roma, les recordó que San Juan Evangelista, siendo ya muy anciano, sólo sabía hablar a sus discípulos de la caridad mutua que debía reinar entre los cristianos. El Papa quiere imitar el ejemplo, y ahora, en su luminosa ancianidad, repite insistentemente a sus hijos: "Amaos los unos a los otros." Que en esto el mundo reconozca que seguimos las enseñanzas de Pío XII.

O. CALDERON

Roma, 1956.

Discursos y radiomensajes a los españoles

1939

Radiomensaje a España condecorándose por la paz y la victoria cristianas (16-4-1939).

Discurso a la colonia española de Roma (8-5-1939).

A los jefes, oficiales y soldados de la católica España (11-6-1939).

1940

A una misión naval española (6-3-1940).

1941

Allocución a los españoles en Roma con ocasión de la muerte de don Alfonso XIII (15-3-1941).

1943

Discurso en el acto de presentación de las credenciales del embajador de España (23-1-1943).

Discurso al Pontificio Colegio Español de San José (10-7-1943).

1944

España, consuelo del corazón del Vicario de Cristo. Discurso a las religiosas españolas en Roma.

1946

Discurso del Papa en la presentación de credenciales del embajador de España (17-2-1946).

Discurso del Papa a los peregrinos españoles (20-2-1946). Radiomensaje de Su Santidad al Congreso Catequístico de Barcelona.

1947

Radiomensaje al Congreso de Congregaciones Marianas en Barcelona (7-12-1947).

1948

Discurso del Papa a un grupo de peregrinos españoles de la Obra de los Ejercicios Parroquiales (21-10-1948).

Discurso de España (12-12-1948).

1951

Radiomensaje a los trabajadores españoles (11-3-1951).

Discurso del Papa a la Juventud Femenina de Acción Católica Española con motivo de sus bodas de plata (1-7-1951).

Exhortación a los tripulantes del "Juan Sebastián Elcano" (29-8-1951).

Discurso del Papa al embajador de España ante la Santa Sede, don Fernando Castiella (13-11-1951).

1952

Radiomensaje al XXXV Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona (1-6-1952).

Discurso a los superiores y alumnos del Colegio Español de Roma (21-6-1952).

1953

Discurso a los alumnos y profesores de la Universidad de Deusto (28-3-1953).

Texto del Concordato entre la Santa Sede y España (27-8-1953).

Carta del Papa al reverendísimo P. Abellán (12-8-1953).

1954

Discurso a una peregrinación de obreros catalanes.

1955

Palabras a un grupo de jefes e ingenieros de la Renfe (8-5-1955).

Exhortación a los sacerdotes del Convictorio San Eugenio, de Valencia.

Palabras a una peregrinación de "vespistas" españoles (2-9-1955).

Discurso a los guardiamarinas españoles (19-11-1955).

Radiomensaje a las secciones de Menores de la Acción Católica Española en su XXV aniversario (27-11-1955).

1956

Radiomensaje del Padre Santo a los agricultores españoles (21-1-1956).

—¿Querría usted indicarme—pregunta un escocés a un londinense—el medio más económico para trasladarme al cementerio de Kensal-Grave?

—Con mucho gusto—responde el inglés, y uniendo la acción a la palabra da un empujón al escocés, arrojándolo bajo las gigantescas ruedas de un autobús de dos pisos que en aquel momento pasaba junto a ellos.

Una viejecita, Cecilia Martini Levorato, se encontraba sola en su casa de Piombino Dese, en Padua (Italia), cuando vio penetrar en la cocina a un desconocido que la amenazó con un puñal pidiéndole le entregara todo el dinero que tuviese en casa. La anciana, ni corta ni perezosa, tomó con una paleta varios carbones al rojo de la hornilla y se los arrojó al maleante, que se dio rápidamente a la fuga. La buena señora persiguió implacablemente al "caco" por todas las habitaciones de la casa hasta que le obligó a arrojarle por una ventana.

Humor ★ Entretenimiento

Un cocodrilo en el café



La escena representa un café lleno de gente. Entra un cocodrilo por la puerta y comienza la función.

MENENDEZ, hombre de gran experiencia: —;Un cocodrilo, un cocodrilo! No le hagan caso si llora ni corran a consolarlo; es una bestia muy traidora!

EL COCODRILO.—;Haaamm! (Se come a un botones que estaba en Babia.)

EL BOTONES.—;Ay, ay, ay!

LA CAJERA.—;Pobre botones! Mañana habrá que enterrarlo, se cerrará el café y yo podré irme de paseo con mi novio... (Su alegría se corta al advertir que el botones está dentro del cocodrilo y que, por tanto, sobra el entierro.)

DON FROILAN, anciano militar.—;Que nadie se mueva! Una pistola! Un bastón! (Nadie le suministra lo que pide y toma una botella de agua y un paraguas, avanzando hacia el bicho.)

DONA LOLA, protectora de animales.—;No maltraten a la bestia indefensa! No se ensañen con el pobre animalito!

EL COCODRILO.—;Haaamm! (Se acerca a una pareja de novios que no se han dado cuenta de nada, y le come un pedazo de pierna al novio.)

EL DUÑO DEL CAFE.—;Me alegro... A ver si se los come a los dos y dejan de ocupar una mesa durante toda la tarde por dos tristes cafés con leche...

DON FROILAN, anciano militar.—;No se amontonen en las salidas... Yo acabaré con el cocodrilo, pues para eso estuve en la manigua... (Esgriñiendo el paraguas se abalanza sobre el bicho.)

BENITEZ, contumaz polemista.—;Error, error! No es un cocodrilo, sino un caimán...!

MENENDEZ, hombre de gran experiencia.—;No le hagan caso si llora...! No le hagan caso si llora...!

DONA LOLA, protectora de animales. (Al anciano militar.)

¡No ose maltratar al pobrecito! Gane sus medallas en otros lugares y contra otros perversos enemigos!

EL COCODRILO.—;Haaamm! (Se come a la encargada del teléfono.)

DON FROILAN, anciano militar.—;No hay que preocuparse... Cuanto más coma, más pesado estará de movimientos, y más fácil será atacarlo... ¡Yo acabaré con el cocodrilo, yo acabaré con el cocodrilo! ¡Sus y a él!

BENITEZ, contumaz polemista.—;No es un cocodrilo, insisto, sino un caimán...!

EL LIMPIABOTAS.—;Lo que podía hacer este bicho es ensuciarle los zapatos a todos, hombre...

DON HONORIO, crítico de la labor municipal.—;Qué asco de Ayuntamientos! ¿Cómo permitirá el alcalde que haya bichos así por la ciudad?

EL COCODRILO.—;Haaamm! (Se come un buen pedazo de camarero.)

EL CAMARERO.—;Bueno... Y, ¿cómo le cobro yo a esta bestia el veinte por ciento del servicio?

DON FROILAN, anciano militar.—;Ahora, ahora es el momento... ¡Apártense todos...! ¡Ciérrenle la huida hacia la puerta...! ¡Que alguien le hostigue por un flanco con una silla! ¡Que toque el cornetín al ataque! (Se acerca al cocodrilo, le arroja el agua de la botella y le introduce el paraguas, cerrado, entre las mandíbulas, para abrirlo luego con presteza inaudita. El cocodrilo queda con la boca abierta, "ugiendo bastante y sin entender nada.")

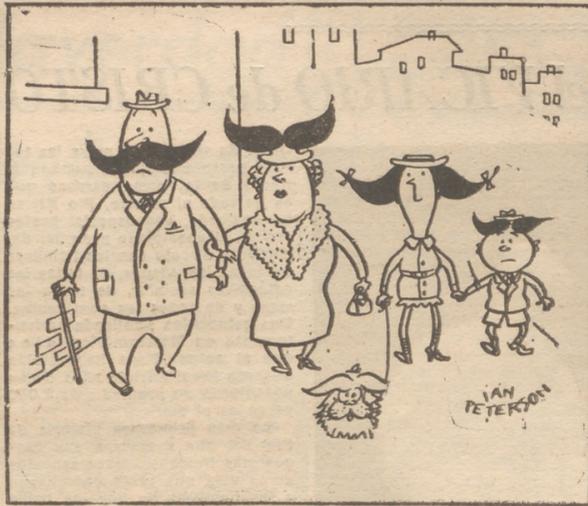
DONA LOLA, protectora de animales.—;Ha matado al pobre animal! ¡Es usted un salvaje y un hombre sin civilizar! ¡Ay, pobre cocodrilo!

BENITEZ, contumaz polemista.—;He dicho mil veces que no se trata de un cocodrilo, sino de un caimán!

EL DUÑO DEL PARAGUAS.—;Yo me tengo que ir a mis asuntos y necesito el paraguas... Así es que dénmelo... (Lo saca de la boca del cocodrilo y se va a sus asuntos.)

Y ya no se sabe lo que pasa con el cocodrilo, porque el dueño del paraguas era yo y salí del café cuando queda dicho.)

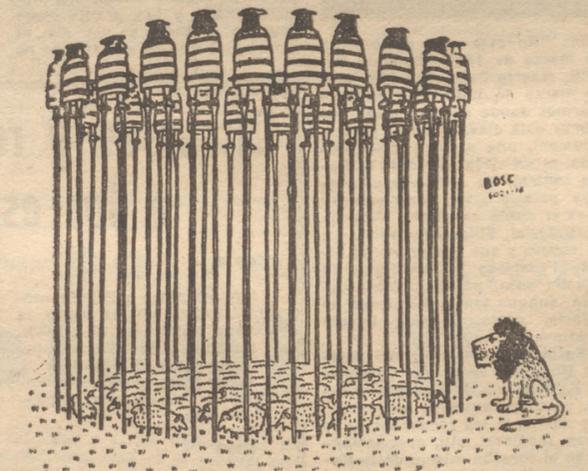
Rafael AZCONA



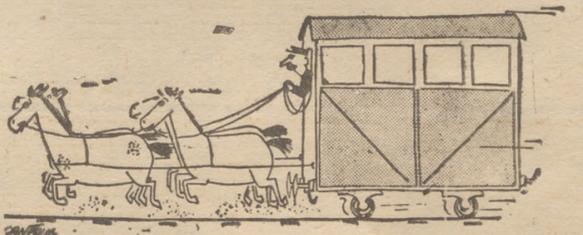
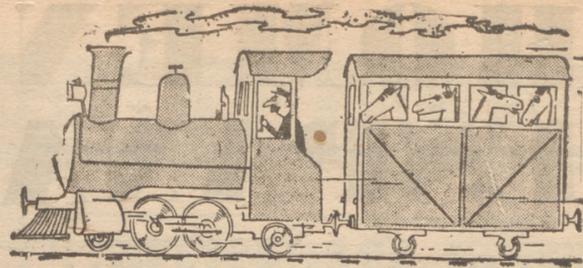
Un pequeño aire de familia.



--Un hombre del que siempre quedábamos seguros y atentos servidores, que su mano estrechan...



Sin palabras.



Sin palabras.



--¿Es aquí donde necesitan una señorita para cuidar a un niño?



Sin palabras.



--Con esto ya está liquidado el crédito del equipo de su bebé! A propósito, ¿qué tal va ese niño?

--Muy bien, gracias. ¡Se casa el mes que viene!



Sin palabras.



¡bien espera, desespera,

SAN ISIDRO TIENE YA TERMINADO SU PROGRAMA DE FIESTAS

Varias innovaciones y otras sorpresas más para los madrileños

Una «REVOLTOSA» REVOLUCIONARIA EN EL AMPLIO ESCENARIO DE «LA CORRALA»

SAN ISIDRO vuelve a su tarea de todos los años. Tiene que organizar sus fiestas, pensarlas, y luego inspirar a los concejales en el Ayuntamiento madrileño. ¡Cuánto trabaja el Santo Patrón durante estos días! Claro que tiene sus compensaciones. Después, desde su altar dorado de la Catedral, el santo contempla el aire risueño de los madrileños, escucha el estampido de los cohetes e incluso llegan a sus oídos los comentarios de los feligreses acerca de los festejos preparados.

—Bien, bien—murmura mientras sonríe satisfecho.

INNOVACIONES

Este año, San Isidro ha robado al mes de abril dos días más para incluirlos dentro de sus fiestas.

El pretexto fué muy bueno: la llegada de los ciclistas de la Vuelta a España.

Por la mañana, bien temprano, en el Retiro, nuevo y recién pintado de verde por la primavera, organizó una serie de manifestaciones deportivas.

Son dos días más. San Isidro, orgulloso, acabó de redactar su programa oficial. En total, treinta y tres días.

—No está mal, para empezar—comentó.

LA CORRALA

—¡Ah, la Corrala! Este año San Isidro ha dedicado toda su atención a ella.

—Vamos a ver—meditó largamente.

Durante días se le vió inclinado ante el libretto apuntando, tachando y escribiendo.

—¡Al fin respiró! Todo arreglado.

El resultado ha sido que un concejal, inspirado una buena mañana, acudió al Ayuntamiento con un plan: «Corrala extraordinario.»

—Nada, nada, Pilar López y su «ballet»—se oyó decir—. Y las casas de los alrededores como escenario... Más altavoces...

Y Tamayo, feliz con la innovación, puso manos a la obra.

Toda la acción de la «Revoltosa» transcurrirá ante los ojos asombrados de los madrileños.

Todas aquellas escenas que hasta ahora parecían suceder tras las bambalinas pasan a primer plano.

La música de Chapí, Juguetera y saltarina, recorrerá las calles de alrededor. Los pasos menudos de las bailarinas se moverán al compás de las notas alegres del preludio de la obra.

El patio de la Corrala se amplía. Los nuevos altavoces garantizan el sonido.

De éste ya se preocupó bien nuestro Santo Patrón. Hubo un madrileño que el año pasado se fué a quejar.

—Nada, no hemos oído ni la mitad—le dijeron.

Y esta vez San Isidro ha encargado un equipo completo y moderno para que todos los espectadores puedan con prudencia, ¡claro!, llevar el compás.

PARA LAS SEÑORITAS ROMANTICAS

—¡Este año sí que van a ser bonitas las fiestas del santo!—comenta una romántica señorita—muy del siglo pasado—. Va a haber Exposición de abanicos.

Y piensa en aquel otro de pais azul, con florecitas, que le regaló EL hace ya algunos años.

—Entonces—sigue comentando—el abanico tenía una gran importancia. Las jovencitas nos escondíamos detrás de él, para ocultar nuestro rubor. «Ellos» nos dedicaban versos que escribían en la tela...

La señorita romántica sigue sumida en sus recuerdos. El día de la inauguración la vemos ante los abanicos expuestos, mientras con una verdadera maestría mueve a derecha e izquierda el varillazo del suyo.

—¡Riis, raaasss, riilis, raasss!—se oye sonar coquetón.

LAS ROSAS

El día 17 de mayo, en la nueva Rosaleda del Parque del Oeste, tendrá lugar el Concurso Internacional de Rosas.

A San Isidro le gustan mucho las flores. Siempre busca algunas para su altar.

—¡Vamos, Fulanita!—Inspira a una feligresa—, me parece que a cambio del favor del otro día, bien podrías traerme un ramito de flores!

La feligresa escucha el «so-



La típica imagen del churrero no puede faltar en nuestro reportaje. Aquí le vemos inclinado sobre la gran sartén humeante, mientras pincha en el alambre los churros ya calientes

Y DESPUES...

El santo hace pensar también en los rezos.

—Entre verbenas y verbena conviene intercalar un Tedéum—hay quien dice.

Y así se hace.

El día 6 empezó la novena en la Iglesia Catedral. El martes, 15, misa solemne en la ermita del santo, con la ofrenda de frutos. Después, procesiones y función religiosa.

FINAL

Y el santo, como en años anteriores, respira satisfecho después de ver en marcha sus proyectos, y se vuelve a su hornacina.

—¡Eh!—grita aún desde allí—, cuidadme esas fiestas del sainte... y los campeonatos de aeromodelismo... los de hockey... el Salón de Dibujos de Alta Costura...

María Pura RAMOS

pló» del santo, y al día siguiente, puntual, acude con sus rosas al santo.

—Santo Patrón, ten y perdona el retraso.

Por eso, San Isidro ha incluido este año en sus fiestas una competición de carácter internacional para premiar las dos rosas mejores, más bonitas y lucidas.

—Con un poco de suerte—comenta—la dueña de la rosa favorecida me adorna los floreros del altar durante todo el año.

EXPOSICION DE LOZA, CRISTAL Y PLATA

Para las amas de casa, para las sufridas amas de casa, que cuentan con todas las simpatías del santo, hay preparada una Exposición nacional de loza, cristal y plata, organizada por la Obra Sindical de Artesanía.

—¿Os dáis cuenta de qué platos?—se oírá comentar—. En cuanto los tuviera mi «tata» en las manos, no quedaba ni un o sano.

—¿Qué me decís de esa jarra, de aquellos vasos?

—Igual que ésos los necesitaba yo para los días de gran gala.

—Deben costar una barbaridad.

Luego, de retorno a los hogares, la cristalería de diario parece sucia, sin brillo, rechoncha y fea.

—¡Así no luce el agua!—protesta airada la señora.

DEPORTES

Campeonatos de esgrima en el Circulo de la Unión Mercantil, para los amantes en la emulación de las glorias de los tres mosqueteros.

No se tratará entonces de batirse para ganar el amor de una linda damisela, sino de conseguir la copa «Diego Díez de Rivera». Después, fútbol, frontón, natación, polo, gimnasia, lucha grecorromana y concursos hípicas. Este año, las copas para premiar a los caballos vencedores y a sus amos se han multiplicado. Se habla de «Copa Beasante», dotada con 50.000 pesetas; de «Copa Fernando Primo de Rivera» y «Copa Camel», con 20.000 pesetas de premio...

Y es que San Isidro fué labrador y quiere que los caballos se luzcan y presuman, para hacer olvidar así a sus compañeros pobres, que todos los días, sujetos al arado, sudorosos y cansados, trazan surcos en la tierra.

MUSICA

El programa musical es bien variado.

Música clásica, moderna, masas corales, zarzuela, danzas y canciones españolas...

La Banda Municipal, reluciente y pimpante, obsequiará a sus fer-

vientas admiradores con las corcheas más lucidas de su repertorio.

Ha elegido para su primera actuación, del día 10, la avenida del Generalísimo, frente a los Nuevos Ministerios.

—¿Tan lejos?—preguntará algún madrileño remolón.

—¿Tan lejos los Nuevos Ministerios? ¡Si están a un pasito! Además, merece la pena ir hasta allí para escuchar música de verdad—aclara una «hincha» de la Municipal.

TOROS

El cartel de toros no podía faltar.

—El santo lo ha cuidado mucho. Ha buscado los mejores lidiadores y los ha contratado para sus fiestas.

Nueve corridas de toros, una novillada, una charlotada...



Y ya en la pradera conviene siempre echar un traguillo de agua fresca del castizo botijo.



San Isidro siempre pensó que todos los madrileños tienen derecho a divertirse durante sus fiestas. Para los económicamente débiles incluye en sus festejos «tióvivos», norias y verbenas populares.

EL UNIVERSO INVISIBLE

Millares de seres viven en nuestro cuerpo, en la tierra, en el aire y en las aguas, como parte integrante del mundo del hombre

La vida no es un suceso, una eventualidad. La vida es la piedra angular del incommensurable edificio construido por el Gran Arquitecto. A los hombres se nos escapa, y se nos escapará siempre, su significado. Podremos saber el "cómo" del fenómeno, reproducir e inventar mecanismos maravillosos; pero el diseño final de donde surge la vida no estará nunca al alcance del hombre.

MUNDOS INVISIBLES

En los glaciares, en el agua hirviente del subsuelo, en el aire, en la tierra, en el mar y en nuestro propio organismo viven millares de seres que nosotros no vemos. Son los continuadores de la primera forma de vida aparecida en nuestro planeta y parte integrante del mundo del hombre.

En la tierra que cabe en una cuchara vive una población de bacterias y protozoos superior a los tres mil ejemplares. Y si comparamos la vida invisible de la tierra con la que alienta en el agua, aquella aparece en una proporción insignificante. En una sola gota de agua, ya sea del mar, de un lago o de un pozo, pululan una asombrosa cantidad de seres microscópicos de las más variadas formas. Es un mundo, además, en el que no reina nunca la paz. La lucha por la vida, entre estos seres, es despiadada e incesante. Tienen siempre tendida su red para aniquilar a las otras especies y aun a sus semejantes.

El mundo donde estos innumerosos seres acuáticos desenvuelven su vida está compuesto por un pequeño grupo de microscópicas algas. Estas microscópicas algas constituyen el "fitoplancton", que es devorado por los invisibles seres que anidan en él y que constituyen el "zooplancton".

CIUDADES SOBRE CAVERES

Los esqueletos de los seres que forman el "zooplancton" van cayendo, como una copiosa nevada, al fondo del mar. En el transcurso de millones y millones de años, grandes masas se van formando en ese fondo, y su enorme peso puede hacer crujir el estrato superficial que forma el fondo del mar. Luego, ese mismo estrato puede consolidarse, van cayendo sobre él nuevos esqueletos microscópicos, y del mar

emerge una montaña, que no es más que un inmenso cementerio de invisibles seres.

Estos seres microscópicos, que en vida fueron crueles y voraces, sirven, después de muertos, a la causa de la Humanidad. La ciudad de París, por ejemplo, está construida con restos de microorganismos. Las canteras de las que durante siglos se extraían la piedra que sirvió para levantar la ciudad estaban formadas por millares de millones de pequeñísimas conchas, que un día fueron el caparazón de seres vivientes.

No sólo para levantar ciudades han servido los microorganismos. También han prestado su utilidad como alimento del hombre. En el siglo pasado, varios exploradores han contado que algunos pueblos primitivos, como, por ejemplo, los Indios del Amazonas y de Colombia y los japoneses, se nutrían con tierra. Investigaciones posteriores demostraron que esta tierra no era sino una mezcla de microscópicos seres que poseían virtudes alimenticias.

REGALOS Suntuosos

Al mundo invisible de las aguas le debe el hombre algunas de sus alhajas; los corales y, sobre todo, las perlas. La perla es un estúpido, un sarcófago que encierra un "trípanosoma". Esta palabra designa a un germen que produce terribles enfermedades en el hombre y en los animales.

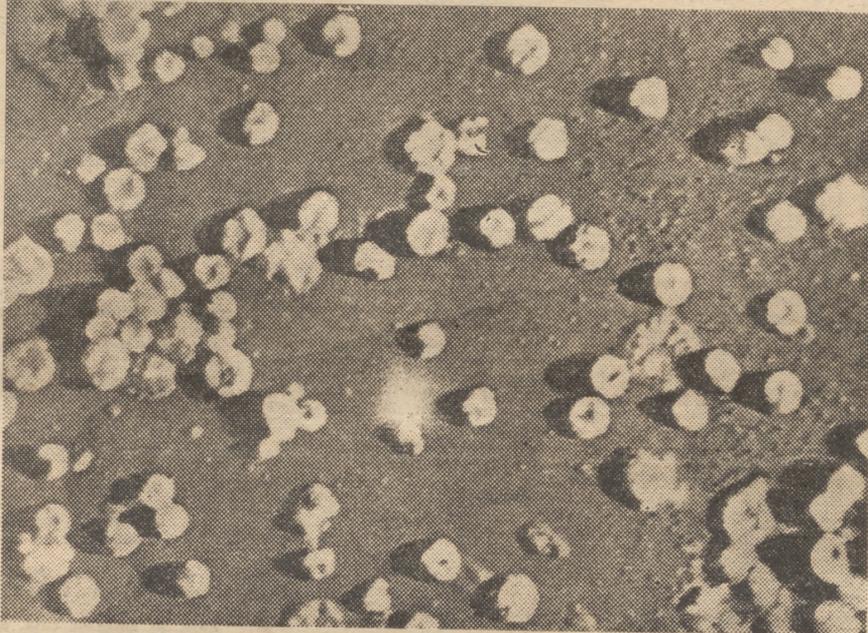
El nacimiento de una perla es realmente novelesco. La raya es un pez bastante frecuente en todos los mares. En las aguas cálidas la raya suele estar infestada por una tenia o lombriz. Esta tenia va desovando por las aguas, y las larvas cumplen el primer período de su vida dentro de una ostra. La microscópica larva, de movimientos lentísimos, va flotando entre dos aguas por el océano en busca de una ostra. Y entonces acude en su ayuda un tercer personaje, el "trípanosoma". Este "trípanosoma" se apodera de la larva y la conduce rápidamente a su ostra, en cuyo interior la introduce. La larva, instalada ya en el interior de la ostra, que está infectada por el "trípanosoma", enferma y empieza a segregar una sustancia para defenderse del germen que la ataca. Esta sustancia irrita a la ostra que encierra a la larva y al trípanosoma en ese sarcófago reluciente que es la perla.

FEROCES ENEMIGOS DE LA HUMANIDAD

Como compensación a estos seres que le proporcionan material para sus ciudades o les hacen el regalo inapreciable de la perla y el coral, entre los innumerables que pueblan las aguas, el aire y la tierra, los hay que son terribles enemigos del hombre. Son los gérmenes de las enfermedades infecciosas, el más terrible azote que hasta hace aproximadamente diez años ha caído sobre el hombre. Basta recordar que algunas pestes redujeron a la mitad la población de Europa en la época del medioevo. Las epidemias tenían además el poder de difundir su área con gran rapidez.

En los laboratorios donde se conservan estos virus para poder estudiar su proceso vital se tienen precisamente en materias vivientes. El virus es, como ya es sabido, el responsable de una de las más terribles enfermedades: la poliomielitis.

Otro de los feroces enemigos del hombre es el "moho". La lucha contra estos peligrosos e invisibles enemigos es ancestral. Con diferentes medios, el hombre los ha combatido para librarse de su fatal poder. Incluso mucho tiempo antes de que sospechara la existencia de este mundo invisible, le combatía sin saber a qué clase de enemigos atacaba. El sentía sus efectos y procuraba destruirlos, sin saber con certeza qué agentes eran los que produ-



Una vista de un campo de microorganismos sorprendidos a través del microscopio. Estos que aquí se ven son una parte insignificante de los que contiene una gota de agua, por ejemplo.

En el mundo de los invisibles enemigos del hombre ocupa un puesto destacado el virus. Estos diminutos y terribles seres no habían podido ser fotografiados hasta ahora, en que se ha conseguido hacerlo gracias al microscopio electrónico. Los virus sólo pueden vivir dentro de células vivas, en contraposición a lo que ocurre con las bacterias. En

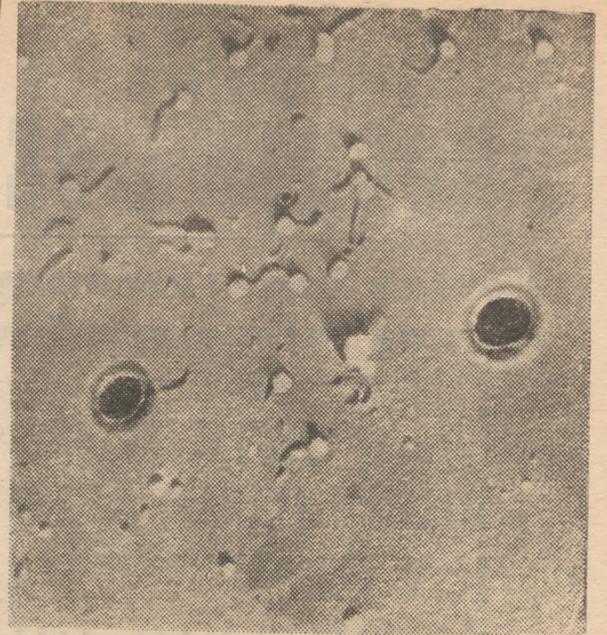
eran esos efectos. El vino y las hierbas aromáticas eran una de las armas que utilizaban en esta lucha, y su empleo se remonta a la época de los Faraones. En el valle del Nilo crecía una planta de delicadas flores celestes. Sumergían tiras de esta planta en recipientes de agua, y al cabo de cierto tiempo algunos pequeños tallos se desprendían. Estos ta-

El mundo invisible no solamente late en torno nuestro en el agua, en la tierra y en el aire, sino que además le tenemos dentro de nosotros mismos. En nuestra boca, por ejemplo, viven organismos de las más extrañas formas; gérmenes fusiformes, mohos.

El primer hombre que vió a través de la lente de un microscopio estos microorganismos fue Leuwenhoek, y los microorganismos que contempló provenían de su misma boca. En 1683 decía en un comunicado dirigido a la Real Sociedad de Londres: "Ocurriré que yo, que me purifico todos los días con agua salada, llevo en mi boca un número de seres mayor que el de los habitantes del Reino de Holanda."

No sólo en la boca llevamos microscópicos habitantes. También en nuestro intestino pulula un mundo de microorganismos, algunos de los cuales son necesarios para nuestra salud, como, por ejemplo, el germen que produce vitaminas del grupo B.

Este mundo invisible es de una variedad infinita y de una complejidad inimaginable. Lo mismo en regiones donde la columna del termómetro está a muchos grados



Estas bacterias que tenemos el honor de presentarles están aumentadas cuarenta mil veces en su tamaño por el microscopio electrónico. Estos minúsculos seres tienen su vida independiente y pueblan la tierra, el aire, el agua y hasta nuestro propio organismo.

ellos soltaban un líquido que dejaba reposar durante algunas semanas tenía propiedades curativas. Como se operaba esta transformación, el hombre lo ignoraba. Millares y millares de corpúsculos vivientes habían penetrado en el líquido y le habían infundido unas virtudes que el hombre comprobaba en su organismo, pero cuyo proceso no se podía imaginar.

bajo cero, que en parajes de calor ardiente; a muchos metros de profundidad en las aguas oceánicas y flotando en el aire, un mundo de microorganismos desarrolla su actividad y constituye una parte fundamental de la vida del hombre. Muchos de estos seres son conocidos y combatidos; otros aún permanecen en el misterio. Todos son una forma primitiva de vida, y no se sabe cuál será la evolución del hombre en su lucha definitiva con este mundo que le cerca. Pero, hoy por hoy, se puede afirmar que en gran parte su vida depende de él; unas veces para bien y otras para mal.

Un lord encuentra un pelo rubio en el asiento delantero de su Rolls. Interroga severamente al chófer:

—¿Vamos a ver, ¿a quién pertenece este cabello?

—Pues... Verá vuestro honor... Yo... es que pensaba...

—No pido una explicación. ¡Pido una presentación!

Festeja un matrimonio sus bodas de oro.

Un periodista pregunta al marido:

—¿Disfruta usted de buena salud?

—Verá. Si mi esposa no hubiera tenido la idea de hacer por sí misma el pastel para conmemorar esta fiesta, podría envanecerme de no haber estado nunca enfermo.

El artista propone al empresario de circo un número sensacional:

—Lo aseguro a usted que nunca se ha visto en el circo otra cosa igual.

—¿Y en qué consiste?

—Me arrodillo, mi ayudante me coloca en la cabeza una piedra de 50 kilos y después golpea encima con un mazo de hierro hasta partirla en dos...

—¡Vaya! ¡Vaya! ¿Y no le duele la cabeza?

—Sí, pero tengo aspirinas...

Papá — confía Pedrito a su progenitor —, esta mañana nos llevó el maestro al Museo de Reproducciones.

—Ah, ¿sí?

—He visto la Victoria de Samotracia. Es una mujer.

—¿Y por qué es una mujer la Victoria?

—Lo comprenderás más adelante, hijo mío, cuando te hayas casado.

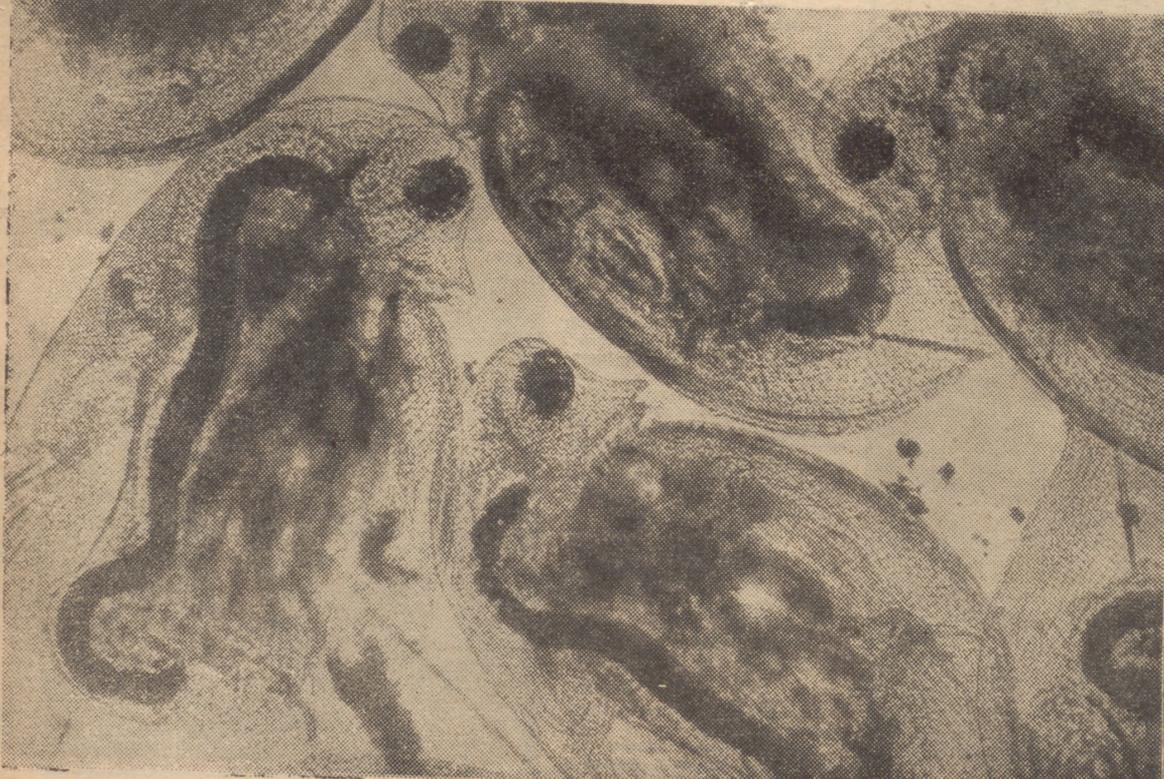
Un joven se marcha de su pueblo en busca de fortuna. Vuelve al cabo de los años y su anciano padre le da la bienvenida.

—¿Cómo te ha ido?

—Aquí, donde me ves, todas las mañanas toco el timbre para que venga el ayuda de cámara.

—Ah, ¿pero tienes ayuda de cámara?

—Todavía no, pero ya tengo timbre.



Esta fotografía extraña reproduce una bonita colección de virus, de esos que según los sabios están a la expectativa del hombre para atacarle violentamente y producirle fieros males.

CRISTAL SOUND SYSTEM



TUNGSRAM RADIO

MADRID: Avenida José Antonio, 27 - BARCELONA: Caspe, 12
Dirección telegráfica: TUNGSRAM

VERANO a la VISTA



el tejido elegido es estampado, el cinturón será de un color liso muy vivo y que contraste, y si la tela es lisa caben tonces algunas originalidades de colorines a la hora del cinturón. El modelo queda también monísimo en rayitas. La cesta de mimbreros que luce la jovencita es uno de los accesorios veraniegos más de moda.

MODELO 2.—Está confeccionado en rojo, pero admite cualquier otro color vivo. Se presta para lucirlo cuando no existen "huesos"; la falda tiene muchísimo vuelo, y cada veinte centímetros lleva un profundo pliegue sin planchar, que todavía da más amplitud a la falda. Para la ciudad el traje se completa con un bolero clásico ajustado a la cintura, con gracioso cuello camisero y un poquito de manga.

MODELO 3.—Mu y juvenil, confeccionado a rayitas, en cuadros muy menudos o en otro dibujo geométrico muy simétrico. El cuello es ajustadísimo y cae luego hasta los hombros, haciendo un poquito de manga y bordeado de un bias blanco. Lleva en el lado derecho un inmenso bolsillo un poco hueco y también bordeado de bias blanco. En el centro de la falda, dándole más vuelo, un gran pliegue sin planchar, y sobre él cae un gracioso lazo bastante grande, que pro-



porciona al modelo un delicioso aire añado. El vestido puede servir para cualquier edad, desde la nena de cuatro años a la mamá de treinta y cinco.

MODELO 4.—Más elegantón y muy original este modelo rayado, con la falda muy plisada y el delantero con una graciosa insinuación de delante con las rayas encontradas. Lleva cinturón de la misma tela muy armado, y debe llevarse con enagua muy amplia para que luzca bien la gracia y la originalidad del modelo. La espalda va recta, a la altura que se observa en la fotografía. La modelo luce una sombrilla de la misma tela, para recordarnos que la sombrilla, el abanico, los guantes, los largos collares, los pendientes grandes, los alegres bolsos de paja o mimbre, las pulseras de bisutería llamativa y otros detalles igualmente alegres y de buen gusto se emplearán abundantemente la próxima estación.

P. N.

Un joven electricista de Turin, Angelo Bosso, estaba colocando unos tubos de luz fluorescente en el techo de la estación de Porta Nova. Por un movimiento imprevisto de la escala, el joven perdió el equilibrio y, ante el espanto de los que le contemplaban, se precipitó en el vacío. Cuando "aterrizó", todos le creyeron muerto, pero cual no sería la sorpresa al verle incorporarse sacudiéndose el polvo de la ropa. Estaba ileso a pesar de haber caído desde la respetable altura de... 32 metros

El señor a su chófer: —¡Bautista, ve más despacio! ¡No ves que estas curvas tan pronunciadas, sabiendo, además, que hay unos precipicios espantosos, me producen mareo! —No se preocupe, señor —contesta el conductor—. Haga como yo: cierre los ojos...

La guía de teléfonos más voluminosa del mundo es la de Nueva York. Tiene 8.000 páginas.

Una de las personas más pequeñas que se han conocido al momento de nacer es la inglesa Eugenia Mary, de Liverpool. Vino al mundo en 1940 y pesaba 300 gramos.

Si hubiera forma de poner en fila 270 miles de millones de electrones de hidrógeno se obtendría el largo de... un milímetro.

DE MUJER A MUJER

CONTESTACION A M. A. R.

Pues los celos siempre han sido y serán veneno que corroe la felicidad, enturbiando no sólo la paz del que los siente y del que los recibe, sino de todos aquellos que vivan alrededor. Si son injustificados, como la mayoría de las veces ocurre, ya que los temperamentos celosos no necesitan base ninguna para fundamentar sus suspicacias, acaban con el amor más grande y destruyen la dicha de que se gozaba, convirtiéndolo al fin en realidad la traición que sólo existía en la imaginación del que recelaba. Si son justificados..., entonces anulan todas las posibilidades de reconquistar el amor y la estabilidad en la felicidad.

Por lo que usted me explica, creo entender que a su marido le divierten un poquillo los celos que siente de su amiga, y como en el fondo la mayoría de los hombres son vanidosillos, procura alimentarlos sólo para comprobar que la tiene pendiente de todos sus actos. Pero cuidado, querida. Lo que empezó como juego puede convertirse en franco peligro si no es usted prudente. Su esposo, que únicamente siente simpatía por esa señora tan agradable, puede terminar por compararla con usted y darse cuenta de lo atractiva que resulta aquélla y lo enojosa una esposa a la que atormenta con dudas y sospechas.

Domínese inteligentemente y cambie de manera rotunda. Finja no preocuparse en absoluto de si viene o no a menudo su amiga, y en cuanto se marche, no la mencione para nada, esforzándose en ser usted la esposa más cariñosa, amable y sonriente para su marido. Se sorprenderá y hasta quizá le pregunte cómo es que no aparecen sus celos. Tranquila contéstele que ha reflexionado y ha comprendido que era muy tonta al dudar de él, porque siendo tan bueno y honrado como es jamás será capaz de faltar a sus deberes. Tal respuesta, acompañada de una conducta afectuosa y confiada, desarmará a su marido y pondrá fin al peligro.

En cuanto a su amiga, si es cierto que es algo coqueta y no producto de la imaginación de usted, con el mayor aplomo, de cuando en cuando y siempre que no esté su esposo, si ella le dice que volverá a visitarla tal día, contéstele amablemente que lo siente, pero que nada menos aquel día tiene que ir de compras. De no dar esto resultado, por cambiar ella, imposible, el día de visita, adopte la táctica de, en cuanto llegue, decirle que lo lamenta, pero que tiene que salir, y que, si aguarda, se arreglará usted y podrá andar un trecho juntas. Y hágalo. Arreglése, aunque sea para ir a dar una vuel-

ta de 200 metros. Cuando el buen tiempo llegue, proponga-le entonces, al rato de estar ella en su casa, ir a dar un paseo. De esta manera, poco a poco y con disimulo, conseguirá que pierdan contacto su esposo y su amiga, y usted podrá recuperar con gran facilidad la paz que nunca debió perder.

CONTESTACION A SONIA

Según tengo entendido, el proceso patológico que origina la despigmentación de la piel es de los de más difícil tratamiento y, por lo mismo, no me sorprende que los dos médicos especialistas en enfermedades de la piel que ha visitado no le hayan proporcionado el remedio deseado. No obstante, lo que usted cree fracaso tenga la seguridad, amiga mía, que sólo la Medicina puede estudiar su caso, procurando atajar la enfermedad. Es imprescindible que confíe en ella y no se descuide, pues si cada día van en aumento esas manchas blancas urge detener la despigmentación cuanto antes. En los tratamientos médicos hay que ser perseverante, como en todo, para que tengan su éxito y, asimismo, no se ha de pensar que un diagnóstico es infalible siempre y que al primer tratamiento ensayado se ha de comprobar el resultado esperado. No hay enfermedades, recuerde, sino enfermos, y cada uno puede presentar características distintas que hagan precisa la variación de un tratamiento que en otro tuvo magníficos efectos. Vuelva al dermatólogo, hija mía, expliquele no ha notado la menor mejoría y él probará con otro tratamiento y así sucesivamente hasta observar positivos resultados. Tenga paciencia y, repito, tenga fe en la maravillosa ciencia que es la Medicina. Es fundamental en cualquier anomalía orgánica.

CONTESTACION A TERESINA, DE ALICANTE

Su postura no es la más correcta, querida. Reacciona como vengándose de su destino y al fin usted y sólo usted es la culpable de lo sucedido. Se encaprichó hasta obsesionarse y no luchó contra su imaginación. El camino que elige hoy te bello si lo siguiera por necesidad espiritual en lugar de como huida de sí misma, no hasta qué punto sabrá reírlo con el gran amor, generosidad, abnegación y renuncia que hace falta. Hay que tener verdadera vocación para lo que nos reportará continuos sacrificios, porque si ella sabremos aceptarlos con una sonrisa y el corazón henchido de buena voluntad. En fin, querida, usted mejor que yo conoce su temperamento.

MAÑANITAS DE MAYO



Dos modelos primaverales para lucirlos en las soleadas mañanitas de mayo por la acera de Serrano.

—Yo creo que os precipitáis un poco—dice papá a mamá y a la niña mirando el calendario—. ¡Pero si todavía estamos a mediados de mayo!

—Y a la modista hay que llevarle las telas con un mes de tiempo... ¡por lo menos!

Porque aunque los hombres no lo crean, la verdad es que a mediados de mayo ha llegado ya la hora de preocuparse de los "trapatillos de verano" y resolver las inquietantes interrogaciones: "¿Qué me haré?" "¿Qué se llevará?" "¿Qué me pondré?" Hoy vamos a tratar de resolver la papeleta a las jovencitas, o a las menos jovencitas que todavía gustan de lucir un aire deportivo y alegre durante la simpática estación estival. Para ella presentamos cuatro lindos modelos veraniegos, con cuyas ideas y algunas variantes más de gusto personal, las lectoras pueden estar seguras de ir muy a la moda y muy discretas, dos notas tan interesantes como prácticas.

MODELO 1.—Las muchachas que tienen demasiados "huesos" en el escote y están un poquito delgadas deben adoptar este tipo de vestido. Si la tela es sencilla, muy lavable y barata resultará un modelo enormemente práctico para ir a la oficina o al taller, a la playa o al paseo de media tarde. Lleva un gran cinturón de un color que contraste y un gracioso lazo de un bias fino a un lado de la cintura. Si



TRAS LA PUERTA CERRADA

BRELLERYOVEN

—Su hija es adorable, doctor—dijo con entusiasmo una rusa, autora de varios libros—. ¡Una criatura resplandeciente de salud y de vida!

—Era justo que fuese así—respondió el doctor, dando tirones a su corbata—. Hábiles y asiduos cuidados debían producir necesariamente un perfecto ejemplar de la especie.

—La señorita Mac Clure posee unos ojos admirables—observó el poeta, con una trivialidad irritante—. Sólo es de lamentar su aire ausente.

—¡Oh! Eva atraviesa una crisis de misantropía. Son cosas de la edad—respondió Karen, sonriendo—. ¿Quiere alguien un poco más de té?

—Me admira que haya encontrado usted tiempo de atender a la educación de su hija, doctor—insistió la novelista rusa.

La furiosa mirada del doctor Mac Clure pasó del vale a la rusa. Ambos tenían mala dentadura. Además, horrorizaba al sabio correr con toda la conversación.

Ciertamente, la vida comenzaba a los cincuenta y tres años en lo que se refería al gran sabio. Nunca se había planteado la cuestión de edades, pero aquel renuevo de imprevisita juventud le hacía gracia y le irritaba a un tiempo. Había aceptado con indiferencia el título de laureado con el Gran Premio Internacional de Medicina, en cuyo lado malo reparaba sobre todo: entrevistas con los periodistas, premiosas invitaciones a "honrar con su presencia" innumerables congresos y otras cargas del mismo estilo. Ni siquiera se trasladó a Estocolmo para recoger el premio, de tal modo le absorbían las investigaciones que realizaba en la Fundación del Cáncer. El Congreso de Estocolmo tuvo efecto en diciembre. El mes de mayo le sorprendió aún en Nueva York.

Peró la súbita revelación de su amor por Karen Leith lo trastornó más allá de lo expresable. En vano, durante meses enteros, arguyó consigo mismo. Incluso ahora, el sentimiento de su debilidad

retorno a la mocedad. Contempló la luna, astro de los enamorados, y un anhelo de estudiantillo sentimental lo impulsó a desear encontrarse a solas con Karen en aquel estúpido jardincillo embalsamado por exóticos perfumes.

II

De codos en la barandilla del puente rústico, Eva Mac Clure fijaba una mirada sombría en el oscuro estanque donde se reflejaba la luna. Tan pequeño era aquel estanque, que si se daba el caso de que un voraz pececillo rojo atrapasé un bocado de alimento en el centro de la mancha clara, las ondas concéntricas tardaban apenas tres segundos en alcanzar los bordes. Eva estaba segura de la cifra, pues había contado distraídamente hasta este número.

Formaba aquello como un parque en miniatura. Todo guardaba proporción: el bosquecillo de ciruelos enanos, cuyas nudosas ramas, cargadas de perfumados racimos, se inclinaban sobre el agua; el puente; el estanque; las lejanas voces de los invitados de Karen; los cordones de linternas japonesas que se balanceaban al capricho de la brisa; los cuadros llenos de flores exóticas: azuleas, azucenas, peonías... Eva experimentó la sensación de una adolescente a la que un repentino crecimiento sorprendiera en medio de su reino de muñecas.

—¿Qué ocurre en mí?—se preguntó con angustia, mirando ensancharse un círculo en el agua.

Preguntó a la que buscaba desesperadamente respuesta desde tiempo atrás, desde que cesó de ser una vigorosa planta que maduraba bajo tierra, al abrigo de toda auténtica impresión, ya fuese pena o alegría.

El doctor Mac Clure le había elegido un suelo fértil. La infancia de Eva había transcurrido en un paraíso terrestre, barrido por los vientos marinos que, exaltaban el áspero perfume de las flores silvestres. El doctor puso luego a su hija en los mejores internados, le proporcionó distracciones y trajes, los cuidados de competentes educadoras y dinero para sus gastos. Logró, sobre todo, hacer de su casa un verdadero hogar para la niña sin madre, y vigiló su formación moral con el mismo discernimiento que su higiene física.

Aquellos años de lenta formación estuvieron desprovistos de emociones profundas. Eva sentía el trabajo que se operaba en ella—incluso los mismos vegetales deben poseer una vaga noción de su crecimiento—, pero el resultado final permanecía demasiado indistinto para que sus ojos de niña pudiesen siquiera entreverlo. Atravesó aquel período de su existencia rodeada de una especie de halo, feliz como únicamente a las plantas les es dable serlo.

Luego, de pronto, su horizonte se había ensombrecido, como si un monstruoso eclipse hubiera privado del sol a la naturaleza para siempre jamás. En menos de lo que se tarda en contarse, la hermosa planta, feliz por expandirse, se transformó en una joven imaginativa y melancólica. Los alientos perdieron todo sabor, las casas de modas cesaron de interesarle, sus amigos predilectos le parecieron inspidas, se aburría tanto en el paseo como en el teatro, y comenzó a buscar la soledad. Incluso "Brovnie", su caballo preferido, se convirtió en su burro de carga, hasta el día en que se vengó de tamaña injusticia despidiéndola de la silla en una avenida del Central Park. Eva sentía aún los dolores de su caída.

El diagnóstico de estos síntomas inquietantes que una insidiosa primavera había llevado al ánimo de una joven no era, en realidad, difícil de formular. Por desgracia, el doctor Mac Clure permanecía demasiado absorto en su propio sueño para ver más allá de sus narices en momentos en que su perspicacia hubiera sido de mayor necesidad que nunca.

(Continuará.)

(Publicada con autorización de la Colección "El Buzo".)

vios que reducían el silencio a los mortales. El doctor Mac Clure no parecía tener nada que temer de los más virulentos microbios, esterilizados a su contacto. Su menosprecio del dinero y de los honores lo había convertido en un personaje de leyenda, a pesar de las malévolas insinuaciones de los envidiosos, que atribulan su actitud al exceso mismo de su fortuna y de su gloria. El médico consideraba a los hombres en general como insectos que persiguieran fines tan insignificantes como ellos mismos. Infimas eructuras, dignas, a lo sumo, de servir en sus experimentos de laboratorio. Cuando lo importunaban, el doctor Mac Clure se libraba con un ademán de su aséptica y velluda manaza.

Hombre descuidado en el vestir y distraído, desde tiempos inmemoriales y en toda estación exhibía el mismo traje oscuro, arrugado, lleno de polvo y flotante. Era un hombre vigoroso y abrumado por el trabajo, que a fuerza de no representar edad alguna, parecía centenario. Por una curiosa ironía de la suerte, aquel sabio, en cuya presencia comportábase sus semejantes como chiquillos asustados, no pasaba de ser, fuera del dominio científico de su especialidad, más que un muchachón colérico, indeciso, tímido e inconsciente en absoluto del efecto que producía.

La mirada que dirigió a Karen en medio del general silencio fué la que podría dirigir un niño a su madre en un instante difícil. "¿Por qué esta súbita detención de las conversaciones?", parecía preguntar con los ojos. Karen interrogó vivamente:

—¿Sabes dónde está Eva, John?

—¿Eva? Creo haberla visto...

—Presente—interrumpió desde la puerta del pabellón, sin entrar, una jovencita de elevada estatura.

—¡Hela aquí, precisamente—dijo el doctor, con amplia sonrisa—. ¿Te diviertes, hija?

—¿De dónde vienes, querida?—preguntó Karen—. ¿Debo hacer presentaciones? El señor Queen, la señorita Eva Mac Clure. El señor Manning...

—Creo conocer a todos—interrumpió Eva Mac Clure, con una sonrisa cortésmente convencional.

—Menos a mí—protestó con vivacidad Ellery Queen, levantándose—. Encantado, señorita Mac Clure.

Eva Mac Clure no le prestó la menor atención, ocupada en mirar a su padre con ojos severos.

—¡Papá, tienes torcido el nudo de la corbata!

—¡Oh!—dijo Karen, suspirando—. Ya he renunciado a que se vuelva presentable alguna vez.

—No tiene importancia—refunfuñó el doctor Mac Clure, apartándose de un rincón.

—¿Usted también escribe, señorita Mac Clure?

—interrogó un poeta con lánguida voz.

—No; yo no sirvo para nada—respondió la joven con tono suave—. ¿Me permite, Karen? Creo ver a alguien que...

Huyó, dejando desconcertado al vate, para perderse entre los bulliciosos grupos de invitados, a quienes sirvientes japoneses, contratados para la velada, ofrecían bandejas de exóticas golosinas. Pero Eva Mac Clure, sin despegar los labios, se encaminó, frunciendo las cejas, hacia el puentecillo rústico que se alzaba al otro extremo del jardín.



—John se las compone para ocuparse de todo y de todos, salvo de sí mismo—intervino Karen, con vivacidad—. Desde hace años no se ha concedido un solo día de reposo. ¡Y sólo Dios sabe cuán fatigado está! ¿Té?

—El sello de la grandeza—dijo el editor de Karen, con una sonrisa dedicada a toda la asistencia—. ¿Por qué diablos se excusó de ir a Estocolmo en diciembre último, doctor? Se precisa ser usted para tratar con semejante menosprecio a aquellos sabios, decididos a otorgarle el Gran Premio Internacional de Medicina.

—No tuve tiempo—masculló el doctor.

—John es completamente incapaz de un desprecio—aseguró Karen—. Es un niño grande.

—¿Por este motivo se casa usted con él, mi querida amiga?—preguntó la rusa, más entusiasmada y sofocada cada vez.

Karen sonrió.

—¿Té, señor Queen?

—¡Qué tema de novela!—exclamó una invitada—. Los agradecidos son los dos principales premios del año, dos genios, en una palabra, uniendo sus valores para procrear...

—¿Té?—preguntó tranquilamente Karen Leith.

El doctor Mac Clure fulminó con la mirada al elemento femenino de la concurrencia antes de abandonar el pabellón.

le producía cierta irritación. ¡Enamorarse, pasada la cincuentena, de una mujer a quien había conocido hacía más de veinte años! Era ridículo. El doctor Mac Clure recordaba a Karen a los diecisiete años, en la época en que la chiquilla ponía en aprietos a su padre con espinosas preguntas acerca de Shakespeare en la casa de Tokio del profesor Leith.

Veinte años antes, joven todavía, sus primeras investigaciones sobre el cáncer llevaron al doctor Mac Clure al Japón. Karen le pareció entonces una chiquilla insoponible, mientras que bastábale cerrar los ojos para ver de nuevo a su hermana primogénita, Esther, tal como quedó grabada para siempre en su memoria, con sus cabellos de oro y su pierna lisiada. Esther, diosa encadenada a la tierra. ¡Y Karen, a quien había perdido completamente de vista entre 1918 y 1927! ¡Qué niñería! Por supuesto, en recuerdo de sus antiguas relaciones, Karen lo hizo su médico cuando se instaló en Nueva York. Razón de más, según parecía, para que aquellas relaciones se hubieran mantenido en un plano puramente profesional.

Las cosas ocurrieron de muy distinta manera. Calmado por su paseo en el jardín japonés, atestado de invitados, el doctor Mac Clure se puso sonriente. Ahora que el vino estaba derramado, le era forzoso reconocer la dulzura encerrada en aquel

DIBUJOS ESPAÑOLES DEL SIGLO XIX.—En el Museo del Siglo XIX, la Dirección ha tenido el buen acuerdo de exponer en la nueva sala de exposiciones del citado centro una muy interesante colección de dibujos de artistas de un siglo poco estudiado en su total dimensión, y acaso, en la pequeña, es en donde existan mayores probabilidades de encontrar el signo y gracia del pintor. La colección recoge obras desde Madrazo a Rosales, pasando por los nombres que en una u otra tendencia, según los años impulsaran su compás, hicieron una aportación importante para la historia de nuestro arte nacional, ostentando muchas obras de los artistas expuestos esa difícil cualidad de precusores, que es para nosotros la más preciada.

La Exposición viene a recordar una antigua manía, casi obsesión, que se ha traducido a lo largo de muchos años en pedir insistentemente a los Museos de pintura la celebración de exposiciones periódicas tanto de sus fondos como de carácter monográfico o de géneros. Eso, para el aficionado y el estudioso, es imprescindible, ya que de una manera homogénea se le puede presentar una serie de obras, pero dentro de una selección y de una unión que el visitante solo no puede conseguir en el paseo de las salas, dispuestas, como es lógico, con otro criterio. Si a esto añadimos el buen pensamiento de cada rector—como

Noticia y crítica de ARTE

en el caso de Lafuente Ferrari—, la tarea se convierte en una bella y trascendente misión pedagógica.

ANITA SOLA DE IMBERT.—En la Sala Blasco expone esta artista catalana una Exposición de lienzos. Si alguna característica hubiéramos de señalar para calificar la muestra, sería la de la ingenuidad. Al vocablo le aplicamos ese sentido tan entrañable y atrayente que tienen las cosas que revelan en la ejecución el deseo de buscar con sana buena fe, que es lo que salva o desgracia el quehacer artístico. En la obra, con ciertas lagunas, existe el anhelo de la artista que temblorosamente en "bodegones" y "floreros" acierta a dejar el óleo en el lienzo, casi en acuarela, para conservarlo en un tono de levedad, la impresión formal del color, al que la autora supe-dita todos los recursos de que pudiera valerse para que sea dueño absoluto del cuadro. Como el mejor resumen de la Exposición, reproducimos unas frases de Eugenio d'Ors, nuestro querido pre-

sidente de la Academia Breve, que dijo así en una ocasión: "... con la deslumbrante exposición de unos bodegones, hijos de la soledad, del tesón y de algo parecido al genio... Yo sé que hay aquí la excelencia de una sorpresa sin mezcla de ninguna confusión".

CRISTINO DE VERA.—A Cristino de Vera le presenta un poeta rutilante y siempre en buen canto de primavera: Adriano del Valle, y viene de la mano a la pintura de un nombre como Vázquez Díaz, también luminoso, sin llegar a rutilante, y también en buena potencia de pintura; pero ante la pintura de Cristino de Vera nos encontramos con otros rasgos que estas claras y mediterráneas de los dos nombres citados. Su pintura y su arranque tienen otros paisajes que playas y techos azules. A nuestro juicio, provienen de otros fundamentos. La obra pertenece a un sentido casi opuesto al que en poesía y pintura representan el lirico andaluz y el pintor también andaluz, Cristino de Vera parece partir de Solana, de una entraña

carpetovetónica con infiltraciones de pintura social belga y de expresionismo a lo Roult, aunque la paleta de Vera, en la expresión, tiende a la opacidad y al latido interior.

La visión del artista se repite en cada género que cultiva. Las personas y los objetos están vistos desde un mismo prisma trágico, y algunas figuras guardan ese secreto que se adivina siempre en las máscaras, que sólo por serlo alcanzan una categoría superior y misteriosa, y ese misterio del hombre es el que surge en estos lienzos pintados de noche con la mínima expresión de color en paciente trabajo de calidad.

ENRIQUE SEGURA.—Ante la pintura estallante de Enrique Segura, que se halla en las mejores casas de nuestra aristocracia y de nuestra plutocracia, bien en forma de retratos, bien en forma de "bodegones", siempre se nos ocurre comparar su obra con la de su hermano Agustín. Esta relación familiar posee otros motivos que los de un simple parentesco físico y artístico, y se debe a que nosotros encontramos en Enrique Segura mayor pureza de intención en ocasiones, como se demuestra en los paisajes con los que ha acudido a esta Exposición celebrada en la Sala Macarrón, y en algunos "floreros". Aquí, la sabiduría y el oficio, que permite que nadie tenga duda del valor de la carne, de la fruta o del

M. SANCHEZ CAMARGO

MUNDO Ligero



El sol se asomó a Madrid para visitar la Pradera. Por algún tiempo temimos que las fiestas de Isidro — el Santo que, por labriego, conocía la exacta medida de los rayos y las nubes — fueran a venir envueltas en esa melancolía de las pequeñas gotas, que se repiten, y que nobilitan la ciudad como una mirada distante. Por un momento temimos que el Madrid gris de los días grises recibiese a este Santo en torno al que todo es alegría, cielo libre y día claro.

No hubiese estado, sin embargo, carente de belleza esta recepción húmeda y neblinosa, esta recepción sentimental del Madrid gris que hubiese gustado pintar Utrillo; el Madrid de los paisajes de Regoyos y de las lejanías de "La busca". Madrid tiene, en efecto, sus colores, cambia de ellos como si cambiase de traje. Y este Madrid gris, de las nubes cerradas, posee un encanto especial, antiguo, gastado y aristocrático; un encanto maduro, lleno de experiencia, y un poco escéptico por ello, porque las gentes que más saben suelen ser las que menos creen. Pero cuando, en cualquier perspectiva urbana, se sorprenda este Madrid gris y quieto, se piensa, sin querer, en aquellos platos de Corot, el pintor que sorprendió la bella decadencia del paisaje. Las piedras de Madrid, las hojas de sus árboles — las pequeñas, líricas y populares hojas de las acacias — poseen como un polvillo fino, que las envuelve tal que las alas de una mariposa. Y este polvillo cubre de plata la ciudad como en un Nacimiento que se espolvorease, al caer de la tarde, con luna en vez de estrellas.

Si, San Isidro amaba también este Madrid quieto y recogido, callado, de esquina y plaza; este Madrid donde el sonar de las campanas vuela a un cielo color de paloma. Pero su fiesta, sin embargo, es fiesta de sol. Llegan las gentes de los pueblos para celebrar al Santo, y los "isidros" se admiran ante esos espectáculos que se desarrollan en plena calle, porque la calle es lo más popular que existe. Estos son los aciertos de los fuegos artificiales, de tirado, por primera vez, la casa por la ventana, en una representación; "La Corrala" ha filas de balcones que cerraban el patio, y que hoy se abren a la plaza. Lavapiés, el barrio abriendo la boca grande de la admiración ante las aventuras de Casta y Susana o el amor lírico y bien plantado de Mari Pepa. La incorporación directa de Madrid al barrio de Lavapiés — el barrio del que se hablaba mucho, pero se visitaba tan poco — ha sido, quizá, uno de los pequeños milagros de San Isidro, ese Santo sencillo y alegre que, en vez de tener un monumento, tiene, para él solo, una Pradera.

El sol no ha querido faltar a la cita de Isidro, como un Isidro más. Y está aquí para ver las revolvinas de las capas, el pulso firme de las muletas, el estallido de los cohetes, los cantos, los bailes, la gracia del Madrid que ilumina. La gracia que Isidro recibe como lo que es: como la mejor plegaria.

(Dibujo de Goñi.)

M. P. A.

EL PREGON

Cada año, un escritor madrileño escribe el pregon a San Isidro, el Santo que poseyó la mejor de las virtudes literarias: la sencillez. Los escritores de Madrid pregonan al Santo por las cuatro esquinas de las cuatro calles, por los soportales y por los viejos tejados que remata la pizarra. Como este heraldo que, desde el balcón de la Plaza Mayor, dice a Madrid que las fiestas de San Isidro acaban de abrirse como una puerta jubilosa.



LA VERBENA

La verbena es una especie de incensario al Santo con aceite de churros. Detrás gira el tióvivo, y las parejas buscan la sombra de los árboles con el pretexto del calor. El baile es un baile chulo, de mantón y tacón alto. Isidro sonríe sobre esta alegría de la verbena, que se arrastra a lo largo de una noche cálida, hasta que las estrellas comienzan a cansarse, pálidas, en el cielo.



LA CORRALA

"La Corrala" ha hecho calle de un patio, plaza de un interior. Todo lo que tiene de castizo y clásico el barrio de El Avapiés parece haberse dado cita en esta casa, que empuja sus siete pisos como para ver mejor la caída de las Américas. Las representaciones de "La Corrala" han traído a Madrid, renovado y eterno, el espíritu de los viejos tiempos; los tiempos del Madrid que veía pasar a Isidro, camino de su trabajo, y cuyas noches se encendían de gracia, comentario y dicho, en los balcones de "La Corrala".